

como, contrariando el principio del padre de la medicina,—*ars longa vita brevis*,—el arte es largo y la vida es breve, asombraba á cuantos le oían hablar sobre crónología, historia sagrada y profana, bellas letras, jurisprudencia, astronomía, matemáticas, geología, física, geografía, música y sobre todos los diversos ramos que comprende el complicado estudio de su profesión. Y si preguntáis en cuál de todos esos conocimientos estuvo más versado, os responderé que lo ignoro. El os mostraría cuántos autores habían escrito sobre una materia determinada, sus opiniones y sus puntos de discrepancia, y aun hasta páginas enteras os referiría su estupenda é infalible memoria. Era un conjunto de conocimientos que pasmaba; tanto más cuanto que no se observaban en él la petulancia y el orgullo del que no sabe, ó como diría Hipócrates, del que cree saber. Tenía el acertado juicio, el aplomo y la amable franqueza é ingenuidad del que no posee una ciencia nada superficialmente, sino con certeza y profundidad. En él tampoco se veía la confusión de ideas del que violentamente y sin reflexión ha pasado por una materia; y si se atiende á lo vasto de todos sus estudios, bien se podrá concebir la potencia de su genio prodigioso, pensador y reflexivo!

III.

Su enlace.—Varios nombramientos. Literatura.

ESTIMADO por los que le conocían, querido por aquellos á quienes honraba con su fina amistad, respetado por los que una vez hablaron con él, no desmentida su reputación por la debilidad que acompaña al hombre; sólo hubiera tenido recuerdos deliciosos. Pero ay! parece que la fatalidad no perdona ni al saber, ni á la virtud! Siempre en todos los tiempos y en las naciones todas han encontrado los hombres más eminentes, en medio de la fama adquirida y de las justas alabanzas que se les tributa, una amargura, un desabrimiento, un acto que hiere en lo más profundo del corazón. Y así vemos á la miseria persiguiendo al genio, desde Homero, creador del poema épico, á quien la leyenda pinta ciego y subsistiendo de cantar de pueblo en pueblo trozos de sus inmortales epopeyas; desde Sócrates el más sabio de la Grecia, según el oráculo, y que fué el que antes que nadie dió lec-

ciones de moral; hasta el ciego Milton imitador del primero y hasta Roseau que, dígame lo que se quiera, ha sido uno de los más grandes filósofos que han honrado á los siglos é ilustrado á la humanidad. Quizá de ese mismo hecho desconsolador saca la filosofía de los hombres esclarecidos la fuerza de espíritu que los caracteriza, la constancia y firmeza que imprimen á la voluntad, y la tenacidad y perseverancia en todas sus nobles empresas. En la desgracia, en la desventura, es en donde debe mostrar el genio su potencia, es en donde debe acicalarse pasando por el crisol del sufrimiento, que diviniza las almas y que rodea de más gloria al saber y á la virtud. El triunfo entonces consiste en luchar brazo á brazo con el infortunio.

Nos referimos á un hecho demasiado íntimo en la vida del Dr. González. Quiso hacer partícipe á una mujer de la estimación que todos le dispensaban. Se unió en efecto el día 6 de Enero de 1836 con Poco duró este enlace; pues Gonzalitos se vió precisado á romper el matrimonio seis años después. Tal incidente en nada, absolutamente en nada menoscabó su bien sentada reputación. Por todos fueron conocidos perfectamente los tristes motivos que lo originaron, y por todos se tributó á su proceder una justa aprobación, ensalzando y admirando con pasmo su filosofía, su sensatez y su magnanimidad.

Tan amargo acontecimiento no dejó de hacer sufrir entrañablemente al esposo, cuya esperanza se cifraba en ser tierno y amante de la compañera que le había deparado el cielo; en hacerla gozar también del aprecio y las consideraciones de que disfrutaba; en hacerla partícipe de las delicias de los triunfos que adquiría con su saber; y en proporcionarla, con la más vigilante y escrupulosa solicitud, los goces de una vida cómoda y digna de la compañera del que no solamente había nacido para vivir en un siglo, sino para permanecer en la memoria de las generaciones venideras.

Pero ¿por qué algunas ocasiones el corazón no consulta al criterio, y deja de ser guiado por frivolidades, que á sus ojos se presentan hechiceras y deslumbrantes y que terminan por cegarlo y subyugarlo? Hay corazones que parece que existen solos sin tener relación con la inteligencia: la pasión los seduce, los domina, los esclaviza: la reflexión del espíritu da en ellos como una débil flecha en el escudo del valeroso Aquiles. Y despues de que la bienhechora luz de la experiencia ha ilustrado un tanto el juicio; cuando se ha aprendido con las lecciones del desengaño y de la decepción; cuando la creatura parece que está pobre de vida, pero que es rica de sensatez y más verdades; se ve descornado el manto de la ilusión y nuestros ojos ven y nuestras manos palpan el error.....Pero. ay!

que ni con gemidos y ni con raudales de llanto puede borrarse lo pasado!

Tal incidente, no obstante haber sido har- to pesaroso, no distrajo las labores de Gonzalitos. Quizá vino á infundirle más amor á la lectura, y á proporcionarle más tiempo para satisfacerlo. ¡Le sería tan grato hallar en ella el más sólido aprovechamiento y un poco de dulzura que derramar en su corazón angustia- do! El como antes sin perder una hora, un momento, se dedicaba con igual ahinco al lle- no de sus obligaciones. No podrá decirse por nadie que él por pereza faltara jamás á una sola, á la más insignificante. Hombre sensa- to á toda prueba creía que lo que más puede anhelar el hombre es el honor y la virtud, y que la virtud y el honor se encuentran sólo en el cumplimiento de los deberes.

Por aquel tiempo el General D. José Ma- ría Ortega, Gobernador del Estado de Nuevo- León, le expidió con fecha 8 de Marzo de 1842 el título de médico, previo el examen de regla- mento.

La Compañía Lancasteriana establecida en Monterrey, viendo el interés y vigilante em- peño que tomaba Gonzalitos por propagar la instrucción, le extendió en 8 de Enero de 1843 el título de miembro, cuyas funciones desempe- ñó con desinterés y exactitud.

Cuando el ejército americano en 1846 ocu- pó esta plaza, tuvo el Dr. González que salir

de Monterrey en unión de otras personas, di- rigiéndose á la hacienda de Santa Ana, juris- dicción de Cadereita Jimenez. Pero no perma- neció inactivo en tales circunstancias, que á otro menos laborioso hubieran sepultado en una in- acción reprehensible. Varias veces, ya bien se dirigía á Cadereita, ya á la Villa de Santiago, en cuyos puntos se habían aglomerado las fa- milias emigradas, las cuales reconocieron los beneficios que sin perdonar trabajos les hacía experimentar Gonzalitos. No importaba pa- ra él que se le indemnizase ó nó; bastábale encontrarse con un enfermo para afanarse con celo y desinterés á prestarle los auxilios de sus conocimientos. Tal es el principio que siempre tuvo presente en la práctica de su profesión. De todos hermano, de todos con- suelo y bienhechor y amparo de todos. ¿Pue- den exigir más la filantropía, la sociedad y la virtud?

Por este tiempo vino á herir su corazón la no- ticia del fallecimiento de su adorada y venera- ble madre. El sufrió ese acaecimiento como aconseja la filosofía de acuerdo con la sana razón.

Al volver á la capital, el Estado también utilizó sus conocimientos médicos, y en pre- mio de los servicios con que gratuitamente so- corría á los pobres, le honró con el nombra- miento de médico cirujano del Batallón móvil, que le fué extendido el 18 de Octubre de 1853 por el probo Gobernador D. Pedro José García.